

miento lógico, y nacido el segundo para comprender la armonía visible, la actualidad viva, y concebir a un tiempo el efecto y la causa, sin tener que valerse de las escalas del raciocinio ni de las categorías del entendimiento, sin reflexión ni análisis, sin comparación ni clasificación, sin géneros ni especies, ni tipos abstractos, ni unidades artificiales, sino en una síntesis superior a toda síntesis científica, porque es traspunto intuitivo de la unidad concreta del universo y de los seres que le pueblan. ¡Con qué elevación casi platónica lleva Hegel tras de sí el pensamiento cuando define esa intuición rápida y primitiva con que acerca sus labios el poeta a la fuente fresca y sin cesar manante de la vida o cuando nos declara los misterios de la forma artística, que no está respecto de la idea en las relaciones de la vestidura con el cuerpo, sino del cuerpo con el alma, y aun en una relación más íntima, si más íntima pudiera imaginarse».

Me diréis que poetas así han morado muy pocos en el mundo, si alguno. Y os diré que menos que musas en el Olimpo. Pero esta selección acrecienta la medida del elogio. El descrédito para la poesía ha venido de los sedicentes poetas. Escuchad a Platón, ahora enamorado en el Fedro, si antes poeta en el Ión: «...al delirio inspirado por los dioses es a lo que debemos nuestros más grandes bienes.

...Todo aquel que osara, sin estar agitado por ese delirio que viene de las Musas, aproximarse al santuario de la poesía; quienquiera estuviere persuadido de que el arte le bastara para ser poeta, quedaría siempre muy lejos de la perfección; siempre será eclipsada la poesía de los sabios por los cantos que respiran una divina locura».

Entiendo que no todos los poetas han de ostentar corona y empuñar cetro, pero más ganarían para las musas si se con-

